

camino, restituirse humildemente a la normalidad, donde el misterio habita intocado; y necesitan preservarse del abismo que los atrae en el maestro.

“La noche agónica” es el libro de un discípulo incondicional, hasta en la administración de las preposiciones y los galicismos. No se trata de ese parentesco entre coetáneos de pluma que hace posible establecimientos de escuelas y perfiles generacionales. No. Ferrero es autor de inmoderada capacidad; le enhechizaron las voces decadentes cuando constituyó con otros poetas el grupo del “Zócalo de las Brujas”, porque son esos los acentos distinguidos en la corruptela intelectualista y manierista de toda civilización.

Es hora que su vigilancia recapacite.

<https://doi.org/10.29393/At321-12CIMO10012>

“CREADORA INFINITA”, de *María Gloria Willskaw*, Casa Nacional del Niño, 1951.

Aunque no participamos del optimismo de la denominación, este librito ofrece uno que otro aspecto más o menos confortable. Por ejemplo, en las primeras líneas dispuestas en forma de versos, la autora hace profesión de la femineidad que apetece, ateniéndose en ella a todas las formas biológicas necesarias desde la juventud a la vejez, y a las vicisitudes a que se sujeta todo destino:

“Sólo quiero ser mujer—. Mujer que nace—mujer que es niña—mujer que es joven—mujer que ríe—mujer que llora—mujer que espera—mujer que encuentra—mujer que ama—mujer casada—mujer que cría—mujer madura—mujer abuela—mujer que muere—mujer recuerdo—mujer cenizas—mujer olvido...”

Cada uno de estos avatares o transformaciones originan un poema.

Se caracterizan por la ausencia de emotividad y el prosaísmo. No obstante, algo se adivina, algo pugna por trascender. Desde lue-

go, se hallan remotas del libro insinceridad y cursilería en que a menudo se complacen ciertas versificadoras.

“NOCHE TRANSFIGURADA”, de *Carmen Abalos*, Nascimento, 1951.

Este conjunto de prosa poética revela más capacidad conceptual que sensitiva. A menudo el panteísmo le persuade comparaciones frecuentadas en extremo, lugares comunes del jaez: “soy estrella, soy charca, soy agua. Soy arena y pared. Y soy grito. Soy rocío, soy luz, soy sonido. Soy sonido y soy forma a la vez”. O bien estalla en revelaciones directas, íntimas: “Soy el sexo apremiado. El sopor del deseo cumplido”. Y a pesar de que es también “el ansia” y “la gloria” en que—de acuerdo con las doctrinas del pansexualista vienés—se subliman las urgencias de los instintos, son éstos en rigor los que se alzan con la poesía de Carmen Abalos:

“Tu lento abrazo en mis concavidades.  
Muslos de fuego presionándome...”

El calor de tu boca en la mirada. El incendio de un bosque tus dos manos. Azogue vivo tu lengua de mercurio, etc., “hasta culminar en el “Anticipo de la alta jerarquía de luces donde seremos apenas dos destellos”.

“LOS SURCOS INUNDADOS” de *David Rosenmann Taub*, Cruz del Sur, 1951.

Poesía en voz alta y de superposiciones estilísticas, constituye un libro desigual, donde la emoción suele ser desplazada por la elocuencia.

Tiene muchas palabras y exceso de ideas. Agreguemos el énfasis enfriado por copia de signos admirativos, las caídas retorizantes, las extravagancias especulativas y anecdóticas, el decadentismo baudeleriano y nerudiano, la puja por obtener y variar armonías, el di-